

MINA

Poema publicado en la revista Brand, en junio de 1929.

Allá abajo
a 700 metros de profundidad,
bajo 16.000.000 de años de estratificaciones
trabaja un picador, el emigrante Varetski —
los ojos irritados por el polvo del carbón,
los codos llenos de heridas —
y una linterna Davis en el casco.

Se oyen ecos en el pozo de la mina —
retumba, susurra, silba —
y en alguna parte lejana murmura el agua.
Zumban, silban y sueñan
cien cerebros polacos.
Un cálido sueño rojo
sobre tiempos pasados
cuando no necesitaban picar —mal considerados—
carbón belga de mala calidad
por 8 francos la tonelada.

En las profundidades de la montaña de lignito
gruñe un viejo gigante tuerto.
¡Ja, ja, pobre diablo!
Intentas competir
con el carbón de primerísima calidad de Durham.
(Ah, qué tonto tienes que ser).
¡Carbón de Durham!
Perlas negras.

Diamantes que no tuvieron tiempo de desarrollarse plenamente,
joyas que el fogonero del barco mima y acaricia,
como si fuesen frutos del árbol del pan.
Preguntadle a un fogonero su verdadero valor
cuando desciende el barómetro como una centella
y hay que llegar a tiempo al estrecho de Magallanes:
el carbón de Durham no es otra cosa que oro negro.
Encendamos un ardiente Durham.

Para el aristócrata de la inteligencia, el embrión de geólogo, Varetski,
es una deshonra trabajar en una vieja cueva de lignito agotada.
Dadle el quebradizo, el brillante espejo negro de Durham,
que permite extenderse a los sueños
por los inmensos dibujos carboníferos de los helechos.
Y un gran helecho,
que dé sombra a todo el mundo.

BARCO FANTASMA

(1929)



Barcos fantasmas

Barcos fantasmas somos, silenciosos, rumbo
a las salidas del sol y los amaneceres.
Barcos sin hogar somos, eternamente errantes.
Navegamos en tempestades septentrionales
y en tibios oleajes meridionales, silentes.
Barcos sin hogar somos, eternamente errantes.

Y constantemente aparecen en nuestro viaje
como fantasmas los mismos sueños salvajes
y las mismas canciones suenan una y otra vez.
Y olvidadas tempestades se despiertan
danza de la muerte sobre las corrientes
y dulce y conciliador canturrea el mismo oleaje.

Mira: mil barcos han perdido el rumbo
y a la deriva navegan entre nieblas
y mil hombres se han ido a pique
rezando a las estrellas.
Y vemos el mismo destino todavía
camino a los rayos de un alba bella.
Y los mismos sueños llenan todavía
los cansados cerebros.

En oscuros espacios brilla sin embargo
Orión igual de centelleante
sobre hombres cansados,
que han dejado de mirar a las visiones matinales.
Nosotros, los demás, soñamos aún esta noche
con la luz del alba, que deslumbrante
se elevará sobre pecios en dunas fantasmales.

Albatros

Como mensajero del hambre y del amor
saliste
del estrecho de las boyas de campana.
Con celeridad y rumoroso aleteo
atravesaste nadando el monzón.
Todo para gritar tu tempestuosa hambre
ante el acantilado pajarero de Comia
—que surge manchado de apareamientos
oteando desde las nieblas al oeste de Falkland—
Y para encontrar
a una vieja ave amada de Kamchatka.
Después de días de espera llegó
tempestuosa, lluviosa
saliendo de un viento aullante del este.
Y vosotras, aves de tormenta:
una vez muerto el júbilo del apareamiento
os zambullisteis tristes gritando hambrientas
de nuevo en las nieblas que envuelven el mundo.

Albatros y aves de fragatas,
hijos extraviados de las tempestades de Dios.

Aves marinas

Aves marinas son nuestros pensamientos —
siempre volando.

Mientras tomamos la sopa de carne
en el comedor del barco junto al Cabo Cod
nuestra vieja ave marina deja caer un excremento
sobre la piedra miliar del mar — Rockall

o dormita como un pingüino somnoliento —
con la pechera de su camisa recién lavada —
allá abajo junto al Mount Ross —

o susurra como una paloma cansada de volar
en el oído de Karen, mi amada Karen,
en la cocina del alcalde de Kerteminde.

Aves marinas son nuestros pensamientos

y siempre se alejan de nosotros volando;

y nosotros seguimos sentados en el comedor junto al Cabo Cod —
enhollinados, sudorosos — y la sopa de carne...

bien lo sabe Dios no es muy allá —

Es justo uno de esos días

Es justo uno de esos días en que maldecimos las llanuras sin sombra.
Los fogoneros juran allá abajo envueltos en el infernal calor
como cuando se mete un hierro rusiente en un granizado de ron—
El mar es un ondeante lienzo de resplandeciente petróleo.
Pero: una nube negra agita sus brazos sobre el mar.
Lo sé: el Pampero nos va a agarrar —
Vi al viento sembrar un ramillete de petreles.

Habéis visto un barco carbonero...

¿Habéis visto salir de un huracán a un barco carbonero —
con las botavaras quebradas, la borda destrozada,
abollado, resollando, fracasado —
y con el capitán completamente ronco?
Atraca resoplando en el soleado muelle,
lamiendo agotado sus heridas,
mientras el vapor languidece en las calderas.

Condenados

¿Dónde estamos? ¡Aquí!
¡Ay!, dónde — — —
¿Quién grita allá lejos? ¡Oh!, nadie,
quizá sea un eco entre los arrecifes —
o una foca hembra.
Nadie nos responde, oh... nadie.
Un arremolinado tifón, negro como el hollín,
nos arrojó de su seno —
¿Adónde? Aquí a las nieblas — ¿Quién grita?
¡Oh!, nadie. Gritó algún ave marina —
Perdidos, perdidos —
¿Dónde estamos? ¡Decid!
¿De dónde venimos? ¿Lo sabe alguien aquí?
Nadie.
Recuerdo un barco ardiendo
que ardía en llamaradas en plena noche.
Un incendio arrojado del seno del huracán —
Un pájaro se hundió — moribundo.
Noche muerta. Niebla.
Gritos perdidos, perdidos, perdidos —
¿Dónde?

Gaviota muerta

Nunca más atravesará
mi hambriento pico
la calma de la niebla.

Nunca más me meceré ansiosa de grasa de foca
en la ola que juega con la luz del sol;
ya no me deleitaré
—en la escarpada escollera—
con el hígado del gran bacalao —
nunca, —oh, nunca.

Pero en la niebla vive mi grito extraviado.

Tú lo has oído, pescador,
y el sonido de una boya ondulante,
el solapado oleaje
te extravió en el mar.

Nunca más chirriarán ansiosos tus escálamos allí fuera.
—Silenciosa es la noche—
¡Vive, oh, grito mío solitario!